

AVENTURA DE SALVACION

Ocasiones se dan en las que la decisión ha de adoptarse sin vacilaciones, sin posibilidad de sopesar inconvenientes y ventajas, ganancias o pérdidas; son momentos cruciales, casi mágicos, en los cuales importa más el corazón que la cabeza, la intuición que el razonamiento. Perdida la oportunidad de ese instante, rara vez volver a presentarse igual, con

la misma sugestión, con el mismo encanto y atractivo que le otorgaba la sorpresa y la espontaneidad.

“Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza” – había dicho Jesús a quienes pretendían seguirle.

Y es que para unirse a una aventura de tal envergadura como la emprendida por El, en la que no se buscan riquezas ni poder, sino sacrificios; en la que no se lucha contra ejércitos armados, sino contra egoísmos ocultos en lo más íntimo de cada persona, en los mas apartados rincones del alma; en la que no se pretende el dominio sobre la gente sino el que todos se sientan servidos y protegidos sin ninguna exigencia como contraprestación; una aventura, en fin, en la que no importa el medro personal, ni tan siquiera el agradecimiento por el esfuerzo, sino que todos alcancen la felicidad, sin que sean obstáculo para ello ni el dolor de la enfermedad ni el sudor del trabajo. Una aventura, en suma, en la que sólo encontrarás la satisfacción de haber procurado el bien para los demás, por el puro y simple placer de ayudar e intentar el establecimiento de una sociedad mejor.

Una aventura así, hay que señalarlo, sólo cabe en la idea de Dios y en la mente quijotesca de un soñador que no lo espera todo de este mundo. Por eso el ambicioso, el pusilánime, el cobarde, el cómodo pequeño burgués, lastrados por las mil pequeñas apetencias en torno a las cuales giran sus afanes, no serán capaces –no seremos- de seguir a

Jesús, y caminar por senderos polvorientos, heridos los pies con los guijarros, la piel quemada por el sol unas veces, aterida otras por la lluvia y el viento de la noche, enjuto el estómago y reseca de sed la garganta, para enfrentarse a desconocidos y poderosos enemigos, sin otras armas que la palabra, con objeto de salvar y rescatar a los vencidos de este mundo, perdidos y hundidos en sus miserias, derrotados por la sociedad y sus competencias, todos ayunos de paz y de afectos. Hace falta ser locos sublimes como los discípulos y, mas tarde, Francisco de Asis, o Teresa de Jesús, o la Madre Teresa de Calcuta o Alonso Quijano el bueno, ejemplares únicos de una estirpe de seres reales que sobrepasan a los imaginarios o de seres imaginarios que están exigiendo un poder taumático que los materialice en nuestro tiempo para enderezar tantas torcidas acciones y entuertos, tantas maldades, miserias e injusticias como existen y, también, para servir de arquetipo y modelo a los de energía escasa y corazón débil –la mayoría- por si algún día somos capaces de rebelarnos contra nuestras propias bajezas...

Señor, perdónanos por nuestra incapacidad para seguirte, por nuestra cobardía para ayudarte, por nuestra necedad al no sumarnos a tu maravillosa aventura de salvación-

Miguel Molina